

carrera de las funciones eclesiásticas que cumplió con tanta dignidad, y que coronó con su paciencia en las persecuciones que injustamente sufrió, y con el destierro en que murió. Esto no entra en nuestros designios, y podrán verlo nuestros lectores en la *Historia eclesiástica*, la cual nos manifiesta que esta columna de la Iglesia, este esplendor de la verdad, esta trompeta de Jesucristo, este sabio intérprete de los secretos de Dios, y este sol de todo el universo, pues tales son los títulos con que los antiguos le distinguían, habiendo merecido, como dice Facundo, ser amado de todo el mundo, alcanzó nuevos laureles con el odio y las persecuciones de sus enemigos. Así es que con la mayor justicia se dice que su nacimiento fué ilustre, su penitencia ejemplar, su elocuencia victoriosa, su sacerdocio lleno de bendiciones, su episcopado digno de un apóstol, su destierro una verdadera libertad, su muerte un martirio, y su vuelta á Constantinopla un triunfo.

SOLITARIOS PERSEGUIDOS SAN JUAN CRISOSTOMO LOS DEFIENDE

Cuando san Juan Crisóstomo gozaba en su desierto de las dulzuras del recogimiento, fué turbada su paz con la alarmante noticia de la tempestad que se había levantado en Antioquia contra los santos solitarios. Un religioso, que con él tenía estrecha amistad, vino á verle y á anunciarle que en la ciudad se había formado una conspiración contra el estado monástico: que no sólomente los paganos, sino hasta los mismos cristianos habían concebido contra los que lo profesaban tan grande aversión, que no se

contentaban con manifestarla en sus discursos llenos de calumnias y odio satánico, sino que la extremaban con los más crueles ultrajes: que aumentaba esta excitación, cuando una persona de dignidad se retiraba al desierto: que entónces se desencadenaban con más grande furor diciendo que era el colmo de la locura, que un joven educado con el mayor esmero para ser el consuelo de sus padres y el honor de su familia y de su patria, renunciase á la gloria, á los placeres y á todas las pretensiones del mundo, para sepultar estas bellas cualidades y estos hermosos talentos en un monasterio ó en una gruta, y agotar el espíritu y el vigor del cuerpo bajo la disciplina de algún caprichoso anciano y en la práctica de excesivas austeridades: que, en su consecuencia, empleaban los padres las más terribles amenazas para separar de este estado á sus hijos: que uno de estos malos cristianos había llevado su arrebató hasta decir, que esto solo bastaria para renunciar á su fé y sacrificar al demonio: que la persecución, por último, era tan pública y tan fuerte que no se oía hablar en las plazas públicas y en los lugares en que se reunían los ociosos, de otra cosa que de los insultos que se hacían á los solitarios. Pues uno decia, he descubierto el retiro de tal: otro añadía, he animado á los magistrados y á los jueces contra cual. Otro se jactaba de haber insultado á alguno en un lugar público, de haber llevado á otro á la prisión, ó de haberle hecho sufrir suplicios capaces de darle muerte, y todos estos relatos eran escuchados por los asistentes con carcajadas de risa y celebrados con aplausos. Pero lo más deplorable es que los cristianos que sostenían estas conversaciones y se gloriaban de estos excesos, pretenden haber realizado alguna grande hazaña, y lo hacen en presencia de los paganos, que lo mismo se mofan de ellos que de los monjes, de modo que tan profanada queda la religión como el estado monástico. Por otra parte, la causa de esta

persecución no es otra que la mala voluntad de algunos, que con sus discursos han fascinado los espíritus é indispuerto sin razón los corazones.

San Juan Crisóstomo no dió en un principio grán crédito á este relato que le parecía muy extraordinario, sobre todo en tiempo de emperadores cristianos; pero como por otra parte el que se lo hacia era testigo ocular, y se lo aseguraba con tanta certeza, empezó á reflexionar sobre las perniciosas consecuencias que estos hechos podian acarrear á la religión. Esta consideración le sumió en la más profunda tristeza: la vida empezó á hacersele pesada, y pedia á Dios que le sacase de este mundo, en que se manifestaban con tanta audacia la injusticia y la iniquidad. Viéndole tan angustiado su amigo, le exhortó á que no se desanimase, y á que consagrarse los talentos que el Señor le habia dado en defender la santidad del estado monástico, y en desengañar al mundo de las preocupaciones que habia concebido contra los que la profesaban, prometiéndole que propagaria por todas partes copias de su obra, á fin de contribuir por su parte á ilustrar las inteligencias.

El Santo no se atrevió en un principio á hacerlo, ya fuese por modestia, ya por el temor de proporcionar á los paganos nuevos motivos para insultar á la Iglesia, pues no podia escribir contra estas vejaciones sin descubrir á sus ojos los excesos de los malos cristianos. Pero le aseguro su amigo que todo cuanto dijese lo sabian muy bién los paganos, que veian á todas horas los crímenes cometidos por los cristianos. Así es que puso manos á la obra, y compuso su excelente apología del estado monástico.

Dividese esta obra en tres libros. En el primero, despues de detallar los motivos que le impulsaron á escribirla, dice que no lo hace tanto en defensa de los monjes, como en beneficio de los que los ultrajan: que

los primeros, lejos de perder en esta persecución, ganaban mucho con su paciencia, que aumentaria sus merecimientos y multiplicaria sus coronas; mientras que los que los perseguian volvian sus espadas contra sí mismos, y trabajaban por su perdición eterna: que esto era lo que principalmente le habia movido á escribir: pues siendo todos miembros de un mismo cuerpo, y debiendo interesarnos los unos por los otros, era muy doloroso ver que, mientras los solitarios perseguidos por el nombre de Jesucristo se hacian más agradables á sus ojos y más dignos de sus recompensas, los otros se obstinaban en maltratarles, corriendo así á su perdición eterna.

Prueba en seguida el Santo dos puntos. El primero es el grande crimen de que se hacian responsables los que con tanto odio y temeridad perseguian á los solitarios, y los castigos á que se hacian acreedores. El segundo es la dificultad que hay de salvarse en el mundo, dificultad que es la que ha obligado á los monjes á retirarse de él y á buscar le seguridad de sus almas en el retiro. En el primer punto, compara á los que ultrajan á los santos monjes con aquellos pueblos crueles que vinieron á atacar á los israelitas que volvieron de la cautividad de Babilonia, para impedirles que levantasen el templo, en lugar de compadecerles por los sufrimientos que habian suportado en tan dura y larga cautividad, y añade que son más inhumanos que estos y más culpables en la presencia de Dios, puesto que se oponen á la construcción del templo espiritual que los, solitarios elevan en su honor, y que le dá más gloria que el templo material de los israelitas. Los compara también á los judíos, que, despues de haber crucificado á Jesucristo, quisieron perseguirle en la persona de sus discípulos. Los compara al propio tiempo al emperador Nerón, príncipe tan detestado por sus vergonzosas pasiones, como por sus

inauditas crueldades, que, viendo que san Pablo habia ganado para Jesucristo á una mujer víctima de sus desórdenes, le trató de malvado, de corruptor y de seductor, aprisionándole y condenándole á muerte.

Demuestra despues como Dios, justo vengador de la inocencia, ha castigado siempre á los que la han oprimido. En seguida refiere lo que el historiador Josefo, contemporáneo y testigo ocular, escribió sobre los males con que Dios castigó á los judíos en el cerco puesto por Tito á Jerusalem. Prosigue formando un paralelo entre Nerón y san Pablo, haciendo notar que este emperador no ha dejado más que un recuerdo odioso, y que fué precipitado á las tinieblas exteriores para sufrir un tormento eterno; miéntras que san Pablo, respetado en todo el mundo, asienta en un trono celestial, cuya magnificencia se halla sobre todas las grandezas del mundo. San Juán Crisóstomo expone todas estas materias con esa elocuencia viva, vehemente y enérgica, que impresiona, admira y convence.

Pasando despues al segundo punto, que se refiere á los peligros á que se está expuesto en el mundo, y sobre todo en la ciudad de Antioquía, combate un pretexto que se aduce con frecuencia, y dice: » ¿ Y que ¿ direis, los que viven en el mundo ¿ no pueden escapar á los suplicios que Dios ha preparado para los pecadores, si se conducen bién, si cumplen los deberes de su estado, y evitan caer en los crímenes, por los cuales se merecen? ¡ Ah! plugiese á Dios que así fuese, y que se guardasen en el mundo los preceptos divinos! Entónces no serian necesarios los monasterios. Esto es lo que yo desearia con más ardor que los que así hablan. Así lo pido á Dios. Pero no sucede así desgracidamente: pues léjos de guardarse las leyes tan sabiamente establecidas, léjos de encontrarse en el mundo la rectitud y la probidad, se halla éste lleno de crímenes é iniquidades; mién-

tras que el desierto produce en abundancia frutos de sabiduría. De donde es preciso concluir que los que dejan el desórden y el tumulto de las ciudades para retirarse al desierto, como á puerto de paz y de tranquilidad, son más dignos de alabanza que de ser tratados como culpables. No no es contra estos contra los que debeis levantaros, como haceis, sino contra los que con su ejemplo han hecho tan difícil en las ciudades la práctica de la virtud que parece no puede adquirirse sino refugiándose en los desiertos.

Decidme: ¿ qué pensaríais de un hombre, que, viendo que un incendiario habia puesto durante la noche fuego en una casa habitada por mucha gente, se apresurase á despertar á sus moradores para que se libren de las llamas? ¿ encontrareis esta acción buena ó mala? ¿ la preferireis á la del malvado que puso el fuego? Decidme aún: si uno viese una ciudad oprimida por un tirano con la más grande violencia, ó entregada á guerras intestinas, y aconsejase á sus amigos que se retirasen, é enterviniese en su favor, ¿ mereceria ser más injuriado que el tirano, ó que los que causaron la sedición? ¿ Creeis que las cosas se hallen hoy en mejor estado, que estarian bajo un tirano ó en medio de sediciosos? Os engañais: están en un estado mucho mas deplorable. No es un hombre el que causa estos males, es el demonio mismo, que, armado de toda su malicia, más terrible aún que la de los más crueles tiranos, declara la guerra á las almas, y las amenaza con todos los males imaginables. ¿ Hay alguno que pueda compararse con este desbordamiento de crímenes que inundan las ciudades? No se contenta con despojar á las almas de los ornamentos de la virtud, sino que las precipita en el abismo de todos los vicios, y las desfigura horriblemente. ¡ Qué tiránica es su dominación! ¡ qué dura es esta esclavitud! ¿ qué guerra, por detestable que sea, que naufragio, que hambre, que peste puede compararse con

este conjunto de males? ¿quién que no tenga un corazón más insensible que el de los brutos y más duro que el hierro ó el pedernal, no se impresionará y dejará de trabajar por la salvación de las almas? Si esto es verdad relativamente á los que no se mueven á preservar á las almas de estos males, ¿cuán culpables no serán los perseguidores de los que se exponen al peligro para arrancar á estas almas del yugo del demonio, dispuesto á devorarlas? »

Pero me direis que quiero establecer como una ley la necesidad de desertar de las ciudades para habitar en las montañas, como si nadie pudiese salvarse más que en éstas. Ya he respondido, que yo desearia con todo mi corazón que se viviese en las ciudades de modo que, léjos de ser preciso retirarse de ellas para buscar en la soledad la santificación, debiera dejarse la soledad para encontrar en las ciudades un refugio para la virtud. Pero sucede todo lo contrario, y sin entrar en debate, bastan para demostrarlo las palabras de Jesucristo: pues por impíos que seais, no os atreveréis á despreciar las lecciones de este Maestro celestial que ha de ser también vuestro Juez. Nos dice pues, que *angosta es la puerta y estrecho el camino que lleva á la vida, y pocos son los que atinan con él*¹. Unos, efectivamente, empiezan á entrar por el, pero se detienen en seguida: otros no llegan más que á la mitad, y otros próximos á llegar á su término, naufragan como suele decirse en el puerto.

Decia también el mismo Jesucristo que *son muchos los llamados y pocos los escogidos*². ¿Porque así? porque en las ciudades hay muchos pecadores, de quienes apenas se hace caso, y que no dejan de hacernos culpables de muerte eterna: tales son los que profieren injurias, los que dirigen miradas lascivas los que hacen juramentos falsos y los

¹ Mat. vii, 14.

² Mat. xx, 15.

que se dejan llevar del odio y de la avaricia: pues los que son culpables de estos crímenes se separan de Jesucristo, y por consiguiente, pierden su salvación.

¿Se dirá que es un consuelo el que sean muchos los que se entreguen á estos desórdenes, y el que muchos concipen á la misma obcecación? He aquí un motivo de consuelo, bién deplorable por cierto: pues no seremos ménos criminales ni ménos dignos de castigo, porque otros caigan en los mismos desórdenes que nosotros. Pero si los criminales de que acabo de hablar son castigados con penas eternas, con otras aún mas severas, si posible es, lo serán otros crímenes mayores. Si el jurar falsamente es un acto diabólico, ¿cuanto peor no es la disposición de los que no temen perjurar: ? Si el recuerdo y el resentimiento de las injurias es un grande mal, ¿qué deberemos pensar de la venganza? Si el que trata de necio á su prójimo se hace digno del infierno, ¿qué deberán esperar los que cargan de injurias y cubren de oprobios á los justos que no les han hecho ningún mal? Sin hablar de otros crímenes, ¿hay alguno que pueda igualarse al que me ha dado motivo para escribir estas líneas? Si es un grande mal no preservarse del pecado, si el caer en él sin remordimiento debe considerarse como un exceso de la depravación del corazón, ¿que suplicios no merecerán los legisladores de la iniquidad, que ultrajan á los que no hacen otra cosa que dar lecciones de justicia y de virtud, y los que hacen caer sobre estos la pena debida á los imitadores de sus crímenes? »

En el segundo libro se dirige san Juan Crisóstomo á un padre pagano, cuyo hijo supone que se ha hecho cristiano, y que ha abrazado el estado monástico, pretendiendo justificar á este hijo. Semejante asunto es muy difícil de tratar, y se necesita nada ménos que la elocuencia de este santo Doctor para persuadir á un ídólatra. Despues

de hacer constar que los padres no se hallan siempre en disposición de conocer por sus propias luces lo que conviene á sus hijos, puesto que, para instruirlos, les dan preceptores, y cuando se trata de enseñarles el camino que deben seguir en el mundo, procuran que se aconsejen de otros más hábiles que ellos, despues, digo, de hacer esta observación general, entra de lleno en el asunto que se propone, y supone al padre pagano, á quién dirige su razonamiento, en las condiciones más favorables para justificar á los ojos del mundo el dolor que le ha causado la resolución de su hijo. Imaginemos, dice, un pagano que al esplendor de su nobleza une grandes bienes y una brillante posición social. Démosle el rango más brillante en su ciudad, ricas posesiones y tesoros acumulados. Añadamos que no tiene más que un solo hijo, y que no puede esperar tener otro. Supongamos también que este hijo se halla dotado de todas las cualidades de alma y cuerpo que puedan desearse, y que abrigue la esperanza de verle llegar un día á las más altas dignidades y á los puestos más honrosos, y hasta eclipsar las glorias de sus antepasados.

Pero sucede que, hallándose este jóven en tan alto grado de prosperidad, oye un dia hablar de la filosofía cristiana, se siente impresionado por ella, y se resuelve á abandonar el mundo en que tanto podria brillar, para abrazar la vida religiosa. ¡ Qué mudanza se obra entonces en él? Toma un hábito grosero: deja la ciudad para retirarse á una montaña: se ocupa en cavar la tierra, en plantar árboles, en llevar agua y otros trabajos propios de monjes. Camina á pié, se acuesta sobre la dura tierra, se debilita su cuerpo, pierde el color de su rostro, y se queda pálido y macilento. Por último, este jóven, que se hallaba rodeado de placeres, que daba tan halagüeñas esperanzas, y que podia adquirir tanta gloria, se halla

en un estado más humilde en la apariencia que los criados que ántes le servían. Todo esto es más que suficiente para que este padre se llene de aversión contra los que le han inducido á separarle de él, y á dejar todas las pretensiones del siglo para abrazar el estado monástico.

Bajo el punto de vista en que este padre mira la cuestión, tiene poderosos motivos para que se halle apenado su corazón, y para derramar lágrimas amargas, considerando que con la resolución de este hijo se han frustrado todas sus más lisonjeras esperanzas. Añadamos á su llanto la desesperación, y supongamos, que, no pudiendo soportarla, amenaza con destruir las casas de los religiosos, con quemar sus campos, y destruir todo lo que á ellos pertenece, y que en el colmo de su aflixión protesta que se le hace odiosa la vida, y que no puede soportar la idea de ver á su hijo vestido con el hábito religioso: idea que, dominando su razón, le hace entregarse á los trasportes de la ira. »

« No deja, continúa el Santo, de clamar contra los monjes que le han arrebatado á su hijo: se desata en invectivas é injurias contra ellos: los trata de impostores, de detestables y execrables seductores, y de gentes capaces de todos los crímenes. Pero nosotros, en cambio, no le deseamos mal alguno, aún cuando fuesen mayores sus injurias: nos contentamos con compadecer su obcecación. »

Desciende, por último, el Santo á las razones que justifican la conducta de este hijo, y prueba tres cosas: Primera, que el estado que ha abrazado le hace mas feliz: Segunda, que es más digno de honor: Tercera, que es mucho más ventajoso para su afligido padre.

« Antes de entrar en materia, dice, ruego á los que quieran ser jueces en esta materia, que no se dejen impresionar por las lágrimas de este padre desolado, y que no pronuncien su sentencia ántes de oír mis razones. Se

trata, en primer lugar, de un jóven que ha renunciado grandes riquezas para abrazar la pobreza religiosa, de lo cual quiere hacérsele un crimen. Pero dígaseme : ¿ quien es más feliz, el que sufre una sed abrasadora é insaciable, ó el que no tiene ninguna sed ? ¿ Quién es más digno de envidia, el que, entregado á la pasión insensata del amor profano, no puede satisfacerla enteramente, ó el que se halla libre de esta loca pasión ? ¿ No puede decirse otro tanto de las riquezas ? ¿ Quién ignora que miéntras más abundantes son éstas, mas se desean ? ¿ Quién no sabe que el corazón humano es insaciable ? Luego se libra de un gran tormento el que renuncia á ellas, y considera como herencia la pobreza religiosa, con la cual nada desea. No, me dirá este padre afligido, mi hijo está demasiado bién para no desear nada : se halla satisfecho con lo que tiene, y le suponeis una ambición que no existe. Pues esto és precisamente lo que yo niego, y no se conoce el corazón humano, cuando se piensa de otro modo. El pretender que sea de otra manera es ir contra la naturaleza de las riquezas, las cuales, en vez de llenar los deseos del hombre, no hacen otra cosa que exacerbarlos. Quiero conceder, sin embargo, que este jóven, satisfecho con lo que posee, modere sus deseos ; pero para conservar estos bienes necesita desvelos y cuidados, que no pueden ménos de preocuparle, de inquietarle y de agitar su corazón. ¿ Negareis esto, que demuestra la experiencia ? Aún quiero conceder más ; aún quiero suponer que estos cuidados no sean molestos ; pero ¿ quién podrá garantizarlos de la envidia, de la calumnia y tramas á que se hallan expuestos los que se ven halagados por la prosperidad ? »

« Pues bién, yo sostengo que un solitario que ha renunciado á las riquezas se halla exento de los déseos que éstas excitan, de los cuidados que causan, y de las envidias que producen : que gusta en su pobreza voluntaria de un

reposo y de una tranquilidad de espíritu, de que carecen los que gozan de los bienes de fortuna. Por esta razón es mucho más venturoso que estos, á no ser que se diga que es proferible una sed insaciable á estar satisfecho, y que es mejor estar fatigado por el peso de las riquezas, que estar tranquilo y libre de toda solicitud. »

« Pero yo añado á estas razones, que vuestro hijo, en la pobreza que ha abrazado, es mucho más rico y poderoso que vos, ¿ porqué, pues, habeis de continuar lamentándoos ? Y esto, sin hablar de los bienes celestiales á que él aspira, y que le están prometidos despues de esta vida miserable ; bienes en que vos, como pagano, no creéis. Pero aún tratándose de los de este mundo, hay otra razón muy poderosa para demostrar que vuestro hijo es mucho más rico que vos. En efecto, con todos vuestros bienes y todo vuestro crédito no podeis disponer de los bienes de otros ; miéntras que vuestro hijo con solo manifestar á alguna persona piadosa que necesita alguna suma para sí ó para alguna obra de caridad, la tendrá en su poder, y la persona á quién se haya dirigido se considerará favorecida con poder contribuir á la buena obra. ¿ Podeis vos, con toda vuestra opulencia, gloriaros del mismo crédito ? ¿ Con cuantos ejemplos no sólo de la sagrada Escritura sino hasta de la experiencia de todos los dias, no podria yo probaros la verdad de lo que digo ? Pero puesto que sois idólatra, los tomaré de vuestra misma falsa religión, citándoos algunos filósofos paganos. Escuchad como, segun Platón, habla Critón á Sócrates : Todos mis bienes están á vuestra disposición, y ya sabeis que son considerables. No temais ser molesto ni á mí ni á nadie, ni os priveis de cosa alguna por esta consideración. En cualquier lugar en que os halleis, al partir de aquí, no os faltará cosa alguna : en todas partes sereis querido y estimado. Aunque vayais á Tesalia, tengo allí amigos en gran número que os guar-